

ACTO III.

ESCENA PRIMERA.

Salen el pastor HUGO EVANS, y SIMPLE.

EVANS. Criado del buen señor Delgado, y amigo Simple por tus nombres, te ruego ¿por qué lados has mirado por el señor Caius, que titularse doctor en medicinas?

SIM. A fe, señor, que he mirado hácia el lado del barranco, y hácia el lado del parque, y á todos lados, hácia el lado de Windsor viejo y á todos lados ménos hácia la ciudad.

EVANS. Deseo con muchas vehemencias que mires también hácia ese lado.

SIM. Miraré, señor.

EVANS. ¡Válgame Dios! ¡y qué repletos estoy de cóleras y de estremecimientos de ánimos! Me alegraré si me has engañado. ¡Qué melancolias me entras! Yo te romperé sus orinales en su cabeza, bribon, pícaro médico, en cuanto tengas ocasiones. ¡Válgame Dios!

(Canta.) *A orillas de la fuente
Que corres mansamente
Con sonoro murmullo,*

*Al que con blando arrullo
Y gorjeo suave
Respondes tierna el ave,
Hagamos dulce cama
Sobre la verde grama,
Y entre las gayas flores
Que vierdes mil olores.
A orillas...*

¡Oh misero de mí! siento grandes disposiciones de llorar.

(Canta.) *Respondes tierna el ave...
Sentado en Babilonia...
Y entre las gayas flores.
A orillas...*

SIM. Allá viene el doctor Caius, por ese lado.

EVANS. Seas bien venido.

(Canta.) *A orillas de la fuente
Que corres mansamente...*

¡Dios proteja al justo! ¿Qué armas lleva?

SIM. No lleva arma ninguna, señor. Allí viene mi amo con el señor Pocolondo y otro caballero, del lado de Frogmore; ahora cruzan la vereda por aquel lado.

EVANS. Ruégote, dame mi vestuario, ó nó, guardas en brazos.

Salen PAJE, POCOFONDO y DELGADO.

POCOF. ¿Qué tal, señor pastor? Buenos días, pastor Hugo. Tened á un jugador apartado de los dados y á un estudiante aplicado apartado de sus libros, y diré que haceis milagros.

DELG. (Aparte.) ¡Oh dulce Ana Paje!

PAJE. Dios os guarde, querido pastor.

EVANS. El bendigas á todos en sus grandes mise ricordias.

POCOF. ¡Cómo! ¡la espada y la Biblia! ¡Las estu- diais á la vez, señor pastor?

PAJE. ¡Y siempre tan juvenil! ¡A cuerpo en un día tan crudo y reumático!

EVANS. Tienes sus causas y razones.

PAJE. Venimos á haceros una buena obra, señor pastor.

EVANS. Muy bien. ¿Qué es?

PAJE. Allí hay un señor muy respetable, el cual, habiendo recibido sin duda algun agravio de otra persona, está á regañadientes con su propia gravedad y paciencia.

POCOF. He vivido ya ochenta años y más en este mundo, y no he visto nunca á un hombre de su posición, gravedad y saber, olvidarse de ese modo del respeto debido á su propia persona.

EVANS. ¿Quién es?

PAJE. Creo que le conocéis: es el señor doctor Caius, el renombrado médico francés.

EVANS. ¡Voluntad de Dios, y su pasión de mi corazón! Tan gustoso me fueras que me hablaras de pucheros de sopa.

PAJE. ¿Y eso?

EVANS. Ese no tiene más conocimientos de Hipócrates y Galeno... y es además un embustero bellaco; tan picaro cobarde como pudieras desear.

PAJE. Os apuesto cualquier cosa que este es el hombre que debía batirse con el doctor.

DELG. (Aparte.) ¡Oh dulce Ana Paje!

POCOF. Así parece, á juzgar por sus armas. No lo solteis. Aquí viene el doctor Caius.

Salen el POSADERO, CAIUS y JUAN RUGBY.

PAJE. Vamos, señor pastor, dejad esa espada.
 POCOF. Y vos la vuestra tambien, querido doctor.
 POSAD. Desarmadlos y dejadlos discutir; que reserven sus propios miembros y hagan trizas nuestra lengua.

CAIUS. *Je vous prie*, yo ruego, dejad que os diga una *parole* al oido. ¿Por qué no acudir vuesa-merced al *rendezvous*?

EVANS. (Aparte á Caius.) Os suplico, armaos de paciencia un poco, y sea en buen hora.

CAIUS. *Pardieu!* vos sois el cobarde, el mequetrefe, el gallina.

EVANS. (Aparte á Caius.) Os ruego no seas hazmereír de estas gentes; yo os profeso amistades, y de unas maneras ó de otras os daré satisfacciones. (Alto.) Os romperé los orinales en tus cabezas por haber faltado á la cita, embustero bellaco.

CAIUS. *Diab!e!* Juan Rugby, *mon hôte de la Jarre-rière*, ¿no estar yo esperando ese cobarde mequetrefe en el lugar de la cita?

EVANS. Como soy alma cristiana este es el lugar de la cita; pido que hagas justicia el señor posadero de Jarreteras.

POSAD. Haya paz, Galia y Gáles, galo y galés, cura-almas y cura-cuerpos.

CAIUS. ¡Oh, estar muy bueno, *charmant!*

POSAD. ¡Silencio, digo! y prestad atencion al posadero de la Jarretera. ¿Soy yo político? ¿soy yo sutil? ¿soy yo un Maquiavelo? ¿He de consentir que me maten á mi médico? No, él me suministra las pociones y las emociones. ¿He de consentir que me degüellen á mi eclesiástico, á mi clérigo, á mi pastor Hugo? No, él me explica los proverbios y los no-verbios. Dame esa mano, terrenal; dame la tuya, celestial. Así. Hijos del arte, os he burlado á entrambos; os he citado

para lugares distintos. Vuestros corazones son grandes, vuestras pieles están sanas, y sea el resultado una broma de Canarias. Vamos, llevad esas espadas á la casa de préstamos. Seguidme, hombres de paz, seguidme.

POCOF. ¡Vive Dios, que es chistoso este posadero! Sigámosle, caballeros.

(Váanse Pocolondo, Delgado, Paje y el Posadero.)

CAIUS. ¡Hola! *qu'est ce que j'aperçois?* ¿Nos habeis engañado, ah, ah?

EVANS. Eso sí que está bien: ¡nos tiene por primo! Os deseo que hagamos amistades; y demos de cabezadas para tomar venganzas de este compañero ruin, roñoso y embustero, este posadero de Jarreteras.

CAIUS. *Pardieu*, cortoda mi alma. El prometer llevarme adonde estaba Ana Paje; *ma foi*, él engañarme tambien.

EVANS. Yo romperéle los cascos. Os ruego que me sigas. (Váase.)

ESCENA II.

Una calle de Windsor.

Salen la SEÑORA PAJE y ROBIN.

SRA. PAJE. Vamos, adelante, siempre adelante, jóvenes galan. Antes solias ir detrás, pero ahora eres tú el que guía. ¿Cuál te gusta más? ¿dirigir mis ojos, ú ojear los calcañales de tu amo?

ROB. Por fuerza ha de serme más gustoso ir delante de vos como un hombre, que detrás de él como un enano.

SRA. PAJE. ¡Oiga, oiga, el aduladorzuelo! Ya veo que llegarás á ser cortesano algun dia.

Sale VADO.

VADO. Seais muy bien hallada, señora Paje. ¿A dónde bueno caminais?

SRA. PAJE. A fe, hidalgo, á ver á vuestra mujer. ¿Está en casa?

VADO. Sí, por cierto; y tan ociosa por falta de compañía que no sabe qué hacerse. Creo que si os quedárais viudas os volveriais á casar.

SRA. PAJE. Tenedlo por seguro; al instante, con otros dos maridos.

VADO. ¿En dónde habeis dado con este lindo paje-cillo?

SRA. PAJE. No sé cómo diantre se llama la persona de quien lo tuvo mi marido. ¿Cómo se llama tu amo, rapaz?

ROB. Don Juan Falstaff.

VADO. ¡Conque don Juan Falstaff!

SRA. PAJE. Cosa rara; nunca puedo acordarme de su nombre. Son muy intimos mi marido y él. Pero de veras ¿está vuestra mujer en casa?

VADO. Sí á fe.

SRA. PAJE. Con vuestro permiso; me muero por verla. (Váase la señora Paje y Robin.)

VADO. ¡Pero está en su sano juicio ese Paje? ¿Tiene ojos en la cara? ¿Le queda algun sentido á ese hombre? Sin duda los debe tener aletargados; no sabe hacer uso de ellos. ¡Pues digo! tan capaz será ese rapazuelo de llevar una carta, aunque sea á una distancia de siete leguas, como un cañon de dar siete docenas de veces en el blanco. No parece sino que él mismo lo va disponiendo todo á gusto y capricho de su mujer; da aliento y ocasión á su locura. Y ahora va á ver á mi mujer; ¡y va con ella el paje de Falstaff! A fe mia que ya se conoce que arrecia la tormenta en el zumbido del aire. ¡Y va con ella el paje de Falstaff! Bien lo han tramado.

Nada, nuestras dos mujeres se van á condenar juntas. ¡Sí? Pero le voy á pescar; luego daré tormento á mi mujer; arrancaré del rostro de la señora Paje, al parecer tan beata, el prestado velo de modestia con que se cubre, pregonaré al mismo Paje por un sándio, confiado y cabezudo Acteon, y estoy seguro que todos los vecinos me aplaudirán este proceder violento. (Se oye dar la hora.) El reloj me da la señal, y la confianza me anima á proseguir con mis pesquisas. Antes que hacerme burla, me elogiarán por esto; pues es cosa tan segura como que está firme la tierra, que está Falstaff allí. Vamos allá.

Salen PAJE, POCOFONDO, DELGADO, el POSADERO, el pastor HUGO EVANS, CAIUS y JUAN RUGBY.

TOBOS. Bien hallado, señor Vado.

VADO. ¡Oh! ¡qué brava compañía! Buen festin tenemos hoy en casa; os ruego, venid á comer conmigo, venid todos.

POCOF. Permitted, señor Vado, que no acepte vuestra invitacion.

DELG. Ni yo tampoco, hidalgo. Nos han convidado á comer hoy en casa de la señora Ana Paje, y no faltaria á la palabra que le he dado por todo el oro que pudierais nombrar.

POCOF. Há tiempo que tratamos de concertar una boda entre Ana Paje y mi sobrino Delgado, y hoy aguardamos la contestacion.

DELG. Cuento con vuestro consentimiento, querido padre Paje.

PAJE. Podeis contar con él, señor Delgado; yo soy todo vuestro; pero lo que es mi mujer está de parte vuestra, señor doctor.

CAIUS. Sí, *pardieu!* Y la doncella me quiere; mi ama la dueña Siemprelista me lo asegura.

POSAD. ¿Y qué os parece el jóven hidalgo Fenton? ¿No brinca ese mozo, no danza, no tiene ojos claros y vivos, no tañe coplas, no echa flores y perfumes de abril y mayo, eh? El se la llevará; la fortuna le protege: él se la llevará.

PAJE. No con mi consentimiento, os aseguro. Ese mancebo tiene poca hacienda. Anduvo mucho en compañía del turbulento príncipe Enrique, y Poins (1); no, lo que es ese no ha de echarse ningun nudo en su fortuna con el dedo de mi hacienda. Si se la lleva, se la llevará sin dote; los bienes que poseo dependen de mi consentimiento, y mi consentimiento no se inclina hácia ese lado.

VADO. Os ruego, señores, que me acompañéis á comer, ya que no todos, algunos de vosotros. Además de la comida os tengo preparado una diversion: os enseñaré un monstruo. Señor doctor, vos al ménos vendreis conmigo; y vos, señor Paje, y vos, pastor Hugo.

POCOR. Pues id con Dios; así tendremos más lugar de adelantar nuestras gestiones matrimoniales en casa del señor Paje. (Váase Pocolondo y Delgado.)

CAIUS. Vete á casa, Juan Rugby; yo voy *tout de suite*, en seguida. (Vase Juan Rugby.)

POSAD. ¡Adios! mis bravos mozos. Yo me iré en busca del honrado caballero don Juan Falstaff, y beberemos juntos un frasco de Canarias.

(Vase.)

VADO. (Aparte.) Se me antoja que ántes de eso le haré yo beber un trago de veneno. Esta vez bailará al son que yo le taña.

Todos. Vamos á ver ese monstruo. (Váase.)

(1) El príncipe Enrique, y Poins, personajes que figuran en el drama histórico Enriquez IV, en que sale tambien Falstaff.

ESCENA III.

Un aposento de la casa de Vado.

Salen la señora VADO y la señora PAJE.

SRA. VADO. ¡Eh! ¡Juan! ¡eh! ¡Roberto!

SRA. PAJE. ¡Vivos! ¡vivos! ¡Está la canasta?

SRA. VADO. Ya lo creo. ¡Eh! ¡Robin, oye!

Salen CRIADOS con una canasta.

SRA. PAJE. Vamos, vamos.

SRA. VADO. Dejadla aquí.

SRA. PAJE. Di á tus criados lo que han de hacer; es menester que nos demos prisa.

SRA. VADO. Conque ya lo sabeis; vosotros, Juan y Roberto, como os dije ántes, os tendreis prevenidos en la cervceria de enfrente; cuando de repente os llamare, entrad, y al instante y sin titubear cargad esta canasta en vuestros hombros. Esto hecho, llevadla de prisa y corriendo al lavadero de la pradera de Blatchet, y vaciadla en la zanja cenagosa á orilla del Támesis.

SRA. PAJE. ¿No dejareis de hacerlo?

SRA. VADO. Se lo he repetido cien veces; ya saben lo que han de hacer. Idos, y acudid cuando os llame. (Váase los criados.)

SRA. PAJE. Aquí viene Robinito.

Sale ROBIN.

SRA. VADO. ¿Qué tal, bribonzuelo? ¿Qué nos traes de nuevo?

ROB. Mi amo, don Juan, ha entrado por la puerta trasera, y desea verse con vos.

SRA. PAJE. ¿Tú, bobaliconeillo, nos has sido fiel?

ROB. Si tal, os lo puedo jurar. Mi amo ignora que vos estais aqui, y me ha amenazado con darme eterna libertad si os dijese una palabra; pues jura que me echará á la calle.

SRA. PAJE. Eres buen muchacho; tu sigilo te hará las veces de sastré, y te cortará una chupa y unas calzas nuevas. Yo me escondo.

SRA. VADO. Hazlo.—Vé y di á tu amo que estoy sola. (Vase Robín.) Amiga, no descuides tu papel.

SRA. PAJE. No temas nada. Si no lo represento bien, silbame. (Vase.)

SRA. VADO. ¡Animo, pues! Ya le daremos una lección á esta hidropesia infecta, á esta calabaza acuosa; ya le enseñaremos á distinguir una tórtola de un grajo.

Sale FALSTAFF.

FALS. ¡Te tengo, por fin, mi joya celestial? ¡Oh, dejad que me muera en este instante, pues har-to he vivido; esta es la meta de mi ambicion! ¡Ay! ¡hora feliz!

SRA. VADO. ¡Oh querido don Juan!

FALS. Señora Vado, yo no sé adular, yo no sé discre-tear, señora Vado. Voy á cometer un crimen con declararte mi deseo; pero quisiera que tu esposo fuera cadáver; se lo diré en cara al más alto: te haria mi *lady* (1).

SRA. VADO. ¡Yo vuestra *lady*, don Juan! Ah, no soy digna de honra tanta.

FALS. Que me enseñen otra semejante en la córte de Francia. Ya veo cómo competirian esos ojos con el fulgor del diamante. Tu hermosura es-triba precisamente en esa hechicera caída de

(1) *Lady* es el tratamiento que se da en Inglaterra á la mujer de todo noble, desde caballero para arriba; no tiene correspondencia exacta en castellano.

cejas que da tanto realce á cualquier adorno, á la marinera, á la amazona, ó cualquier adorno de moda veneciana.

SRA. VADO. Una toca modesta, don Juan, es lo único que sienta bien á mi cara; y ni áun esa perfectamente.

FALS. ¡Vive Dios, que es delito de lesa majestad lo que acabas de decir! Harias una cortesana perfecta; y ese firme aplomo de tu pié presta-ria soberbio donaire á tu porte, sobre todo lle-vando guardainfante semicircular. Ya columbro lo que tú pudieras ser, si la fortuna no te fuera adversa, ya que naturaleza te es amiga. Vamos no lo puedes ocultar.

SRA. VADO. Tened por cierto que no tengo nada de eso.

FALS. ¡Pues por qué me he prendado de ti? Que eso te persuada que hay algo extraordinario en ti. Vamos, yo no sé adular y decir que eres esto y lo otro, como haria ceceando más de un pimpollo de Abril, de esos que parecen mujeres disfrazadas de hombres, y huelen á droguerías en tiempo de recoleccion. Yo no sé hacer eso; pero te adoro, á ti, á ti nada más; y lo mereces.

SRA. VADO. ¡No me engañais! Me temo que os gusta mucho la señora Paje.

FALS. Créeme, como estar en la cárcel por deu-das, que es cosa que aborrezco como el humo de una calera.

SRA. VADO. En fin, Dios sabe con qué extremos os quiero yo, y vos lo sabreis algun dia.

FALS. Permanece constante en ese propósito; sabré merecerlo.

SRA. VADO. ¡Oh! debo confesar que ya lo mere-ceis; de otra suerte no abrigara semejante pro-pósito.

ROB. (Dentro.) ¡Señora Vado, señora Vado! Aquí está la señora Paje dando golpes en la puerta,

sudando y sin aliento, y toda turbada, y dice que es preciso que os hable al momento.

FALS. No quiero que me vea; me esconderé detrás de los tapices.

SRA. VADO. Hacedlo, por Dios; es muy chismosa esa mujer. *(Fálstaf se esconde.)*

Vuelven á salir la señora PAJE y ROBIN.

¿Qué ocurre? ¿qué hay?

SRA. PAJE. ¡Ay señora Vado, y qué habeis hecho! Estais deshonrada, perdida, arruinada para siempre.

SRA. VADO. ¿Qué podrá ser? Sepamos, querida señora Paje.

SRA. PAJE. ¡Está bien, sí, muy bien, señora Vado! teniendo un marido tan bueno como el vuestro, darle tal motivo de sospecha.

SRA. VADO. ¡Pero cómo motivo de sospecha?

SRA. PAJE. ¿Cómo motivo de sospecha, hola? ¡Habrás visto descaro! ¡Cuán otra te juzgaba!

SRA. VADO. ¡Triste de mí! Pero dime: ¿qué es ello?

SRA. PAJE. Tu marido viene flechado hácia aquí, mujer, con todos los alguaciles de Windsor tras él á buscar á un caballero que dice que está en su casa con ausencia tuya, y que se aprovecha ilegítimamente de su ausencia. ¡Oh, estás perdida!

SRA. VADO. No será verdad, espero.

SRA. PAJE. Dios quiera que no sea verdad que tengas escondido aquí á ese hombre: pero ten por seguro y certísimo que tu marido viene y tras él medio Windsor, en busca de ese hombre. Me adelanté para avisártelo. Si tienes limpia la conciencia, vamos, me alegraré; pero si tienes escondido aquí á algun amigo, despáchale en seguida, pronto. No te aturdas; ten serenidad y defiende tu reputación, ó despidete para siempre de tu vida honrada.

SRA. VADO. ¿Qué he de hacer? En efecto, hay un caballero en casa, amigo mio muy querido; y lo que me desazona, no es tanto mi deshonra como su peligro. ¡Diera mil libras por verle fuera de aquí!

SRA. PAJE. ¡Pero, mujer! ¡por Dios! no te estés ahí con «¡diera mil libras!» y «¡diera mil libras!» Tu marido está en el zaguán; discurre pronto algun medio de sacar á ese hombre; en casa no lo puedes ocultar. ¡Oh, cuán otra te juzgaba! Mira, aquí hay esta canasta; si es de estatura razonable bien podrá acurrucarse en ella, y le echaremos ropa sucia encima, como si fuera á lavar; ó bien... si, hoy es día de colada... que le lleven tus criados á la pradera de Datchet.

SRA. VADO. Es mucho hombre para que quepa allí. ¿Qué hacer, Dios mio?

FALS. *(Saliedo de su escondite.)* ¡A ver, á ver, por Dios, á ver! Me meto en ella; ¡qué diantre! me meto en ella. Seguid el consejo de vuestra amiga. Yo me zampo en ella.

SRA. PAJE. ¡Hola, señor don Juan! ¿Conque en esto paran vuestras cartas, caballero?

FALS. Te adoro; pero ayúdame á salir de aquí. Dejad que me meta. ¡Como yo vuelva!...

(Se mete en la canasta; ellos le tapan con ropa sucia.)

SRA. PAJE. ¡Rapaz! ayúdanos á tapar á tu amo. Llama á tus mozos, amiga.—¡Habrás visto, picaro traidor!

SRA. VADO. ¡Eh! Juan, Roberto, Juan. *(Vase Robin.)*

Vuelven á salir los CRIADOS.

¡Pronto! cargad con esta ropa. ¿Dónde está el palo? ¡Cuidado con gandulear! ¡Volando con ella á casa de la lavandera, que vive en la pradera de Datchet. ¡Listos, vamos!

Salen VADO, PAJE, CAIUS y el pastor HUGO EVANS.

VADO. Entrad, os ruego. Si es infundada mi sospecha, haced burla de mí, sirvaos de mofa y escarnio; lo tendré merecido.—¿Qué es eso? ¿A dónde lleváis esa canasta?

CRÍADO. ¿A dónde? Al lavadero.

SRA. VADO. ¡Esto faltabal! ¿Y á ti qué te importa á donde la llevan? Mézclate ahora tambien en asuntos de lavado

VADO. ¡Asuntos de lavado! Si, ya quisiera yo lavarme de este asunto. ¡Asunto! ¡sí! ¡ya verás tú en lo que para elasunto! (Vanse los criados con la canasta.) Hidalgos, sabed que he soñado anoche; os contaré mi sueño. Aquí, aquí están mis llaves: recorredlo todo; registrad, buscad, indagad; ya vereis cómo damos con el zorro. Primero cerrémosle el paso por aquí. (Cierra la puerta con llave.) Ahora, á buscar.

PAJE. Buen amigo Vado, os haceis ultraje á vos mismo.

VADO. Teneis razon, señor Paje. Arriba, caballeros; ya vereis qué diversion se os prepara. Seguidme, hidalgos. (Vase.)

EVANS. Esto es verdaderos fantásticos humores y celosias.

CAIUS. *Pardieu!* no es la moda de Francia; en Francia no celosos.

PAJE. Pero sigásmosle, caballeros; veamos el resultado de su pesquisa. (Vanse Paje, Caius y Evans.)

SRA. PAJE. Esta es una diversion régia y doble.

SRA. VADO. No sé cuál me alegra más; el engaño de mi marido ó el de don Juan.

SRA. PAJE. ¡Cómo se le pondrían las magras cuando oyó preguntar á tu marido lo que habia en la canasta!

SRA. VADO. Sospécheme que le debe hacer buena

falta un baño; y le haremos un beneficio con echarle al agua.

SRA. PAJE. ¡Mal haya el picaro bribon! Quisiera que cuantos piensen como él estuviesen en el mismo aprieto.

SRA. VADO. Creo que mi marido debe tener algun motivo especial para sospechar que estaba aqui Falstaff, pues nunca le he visto tan tenaz en sus celos como hoy.

SRA. PAJE. He de armar una treta á fin de averiguarlo; y no será éste el último escarmiento que le demos á Falstaff. La fiebre disoluta que le acusa no cederá con este primer remedio.

SRA. VADO. ¡Te parece que le enviemos aquella buena pieza, la dueña Siemprelista, para disculparnos de lo de la zambullida, y le demos nueva esperanza para atraerle á nuevo castigo?

SRA. PAJE. Sí, hagamos eso. Citémosle para mañana á las ocho para darle una disculpa.

Vuelven á salir VADO, PAJE, CAIUS y el pastor HUGO EVANS.

VADO. Vamos, no doy con él. Tal vez el bribon se jactó de cosa que era superior á sus fuerzas.

SRA. PAJE. (Aparte á la señora Vado.) ¡Oiste eso?

SRA. VADO. ¿Y dirás todavía que me tratas bien, marido?

VADO. Sí que te trato bien.

SRA. VADO. ¡Dios te haga mejor que tus pensamientos!

VADO. ¡Amén!

SRA. PAJE. Os haceis injusto agravio, señor Paje.

VADO. ¿Qué le hemos de hacer? ¡Paciencia!

EVANS. Si hay alguien en casa, y en aposentos, y en cofres, y en alacenas, Dios perdone mis pecados en dias de juicio.

CAIUS. *Pardieu!* yo tampoco. No hay nadie.

PAJE. ¡Oh qué oprobio, señor Vado! ¡Pero no os

da vergüenza? ¿Qué mal espíritu, qué demonio os sugiere estas fantasmás? No quisiera tener vuestro genio celoso por todo el oro que encierra el castillo de Windsor.

VADO. La culpa es mía, señor Paje, y yo sufro las consecuencias.

EVANS. Sufres por tener malas conciencias. Vuestra mujer es mujer tan honrada como pudieras desear entre cien mil, y hasta entre diez mil.

CAIUS. *Pardieu!* yo veo que es honrada mujer.

VADO. En fin, yo os prometí una comida. Venid, iremos ahora á pasear por el parque. Os ruego que me perdoneis; luego os diré por qué motivo hice esto. Ven, mujer; venid, señora Paje. Os pido perdón, perdón mil veces.

PAJE. Vamos, hidalgos; pero os juro que nos hemos de divertir á costa suya. Os convido mañana á almorzar en mi casa; despues iremos á cazar pájaros. Tengo un hermoso alcotan. ¿Queremos en eso?

VADO. Cualquiera cosa.

EVANS. Si hay unos, yo soy dos.

CAIUS. Si hay uno ó dos, *moi ser troisième.*

VADO. Vamos, os ruego señor Paje.

EVANS. (A Caius.) Os ruego tengas memorias mañana de ese picaro roñoso de posadero.

CAIUS. Eso es bueno; *pardieu! de toute mon ame.*

EVANS. ¡Picaro roñoso, vienes con mofas y burlas!
(Váase.)

ESCENA IV.

Un aposento de la casa de Paje.

Salen FENTÓN y ANA PAJE.

FENT. No logro, no, la venia de tu padre.

Por tanto, Anita, á él más no me remitas.

ANA. ¿Qué hacer entonces!

FENT. Sé tú más resuelta.

Dice tu padre que mi estirpe es noble,
Mi hacienda ruin, merced á mis locuras;
Y que al pedir tu mano, sólo pienso
En subsanar mi falta con sus sobras,
Y otras mil trabas pone en mi camino;
Mi incuria, mis desórdenes pasados,
Mis locas amistades; y asegura
Que es imposible que te quiera, Anita,
Sino por tu dinero.

ANA. Acaso acierte.

FENT. ¡No, así en lo porvenir me ayude el cielo!
Aunque confieso que el primer motivo
Que á requebrarte me movió, mi prenda,
Fué la riqueza de tu padre. Empero
Al requebrarte vi que tú valias
Más que en talegos montes de oro puro.
Al intimo tesoro que en ti encierras
Es á lo que hora aspiro.

ANA. ¡Oh noble amigo!
Buscad, no obstante, de mi padre, os ruego,
La voluntad; buscad su venia siempre.
Si humilde ruego, si ocasion propicia
No fueran parte á conseguirla, entónces...
Pero escuchad, venid conmigo á un lado.
(Hablan aparte.)

Salen POCOFONDO, DELGADO y la dueña SIEMPRELISTA.

POCOF. Interrumpid su plática, dueña; mi sobrino hablará por sí.

DELG. Haré de tripas corazón. ¡Qué diantre! no es más que atreverse.

POCOF. No te acobardes.

DELG. ¿Yo dejarme acobardar por ella? No; no es eso lo que me apura, sino que tengo miedo.

DUEÑA. Oid, si os place: el señor Delgado quisiera deciros una palabra.

ANA. Voy. (Aparte.) ¡Dios! el protegido de mi padre.
 ¡Qué cúmulo soez de torpes faltas
 Parece hermoso visto por el prisma
 De cuatrocientas libras anuales!

DUENA. ¡Y cómo le va al buen señor Fenton? Oid una palabra, os ruego.

POCOF. Ya viene; á ella, sobrino, ¡oh chico! tuviste un padre.

DELG. Tuve un padre, señora Ana; mi tío os contará lindas cosas de él. Os ruego, tío, que le conteis á la doncella Ana la broma aquella, cuando mi padre robó dos gansos de un corral.

POCOF. Señora Ana, mi sobrino os ama.

DELG. Si por cierto, tanto como á cualquiera mujer del condado de Gloster.

POCOF. Y os mantendrá como una marquesa.

DELG. Si por cierto; sin exceder los límites de mi clase.

POCOF. Y os señalará una viudedad de ciento cincuenta libras.

ANA. Querido señor Pocolondo, dejad que corteje por sí.

POCOF. A fé mia, os doy mil gracias por ese consuelo. Te llama, sobrino; yo os dejo á solas.

ANA. Conque, señor Delgado...

DELG. Conque, señorita Ana...

ANA. ¡Cuál es vuestra voluntad?

DELG. ¡Mi voluntad! ¡Mi última voluntad! ¡Eso sí que es gracioso! Todavía no he pensado en hacer mi testamento, gracias á Dios. No soy yo de complexión tan enclenque, loado sea su nombre.

ANA. Quiero decir, ¿qué es lo que deseais de mí?

DELG. A fé, lo que es por mi parte poco ó nada deseo de vos. Vuestro padre y mi tío son los fautores de esto: si fuera mi suerte lograros, bien; si no, feliz aquel que os logre. Ellos os podrán decir cómo anda la cosa mejor que yo. Podéis preguntar á vuestro padre; aquí viene.

Salen PAJE y la señora PAJE.

PAJE. Muy bien, señor Delgado. Amale, hija.
 ¿Señor Fenton aquí? ¿Que es esto, hidalgo?
 Me haceis agravio con rondar mi casa.
 Os dije que está dada ya mi hija.

FENT. Tened paciencia os ruego, señor Paje.

SRA. PAJE. No importuneis á mi hija, hidalgo [Fenton.

PAJE. No es para vos.

FENT. ¿Quereis prestarme oído?

PAJE. No, buen hidalgo.—Amigo Pocolondo, Venid; venid, señor Delgado, adentro. Sabiendo vos cual pienso es ofenderme Mostráros tan rebelde, hidalgo Fenton.
 (Váase Paje, Pocolondo y Delgado.)

DUENA. Habladle á la madre.

FENT. Señora, por favor, prestadme oído. Queriendo como quiero á vuestra hija Con tan sincero amor, con fé tan pura, A pesar de estas trabas y reproches, Y hollando la costumbre, me es forzoso Adelantar constante en esta empresa, No retirarme: imploro vuestro auxilio.

ANA. Madre, no me caseis con ese necio.

SRA. PAJE. No pienso tal; otro mejor te guardo.

DUENA. Ese es mi amo, el señor doctor.

ANA. ¡Ay! antes que eso hundidme viva en tierra. Y apedreadme hasta morir con nabos.

SRA. PAJE. No te preocupe tanto.—Señor Fenton, No os quiero ser ni amiga ni enemiga; Indagaré si os ama mi hija, y cómo. Luego obraré, segun la encuentre á ella. En tanto, hidalgo, adios. Es fuerza que éntre, O se expondrá al enojo de su padre.

FENT. Señora, Dios os guarde. Adios, Anita.
 (Váase la señora Paje y Ana.)

DUENA. No direis ahora que esto no es obra mia.

«Qué, le dije, ¿quereis arruinar á vuestra hija casándola con un necio ó con un médico? Poned los ojos en el señor Fenton.» Todo esto es obra mía.

FENT. ¡Gracias! Te ruego que esta noche á Ana Des este anillo; de ello en pago, toma.

DUEÑA. ¡Ahora de veras digo que te dé fortuna el cielo! (Vase Fenton.) A fe que tiene buen corazon este caballero. ¿Qué mujer no sería capaz de arrostrar peste y hambre por un galan de tan buen corazon? Pero, sin embargo, quisiera que mi amo lograrse á la doncella Ana; ó que la lograrse el señor Delgado; ó que la lograrse el señor Fenton, á fe mía. Haré lo que pueda por los tres, pues así se lo he prometido, y he de cumplir mi palabra; y sobre todo con el hidalgo Fenton. Ahora me acuerdo que tengo que llevar un recado á don Juan Falstaff de parte de mis dos amas. Y yo ¡bestia de mí! me estoy aquí con esta calma. (Vase.)

ESCENA V.

Un aposento de la posada de la Jarritera.

Salen FALSTAFF y BARDOLF.

FALS. ¡Oye, Bardolf!

BARD. ¿Señor?

FALS. Anda y tráeme un frasco de Canarias; échale una tostada. (Vase Bardolf.) ¡Quién me había de decir que yo había de verme llevado en una canasta como una carga de tripas del madero, y zambullido luego en el Támesis? ¡Vive Dios! como me vuelvan á jugar otra partida como esta, haré que me saquen los sesos y que los unten de manteca; y se los daré como aguiñaldo á un perro. Los bellacos me echaron al

rio con la misma frescura con que hubieran ahogado unos cachorrillos ciegos, quince de una lechigada; y ya podéis juzgar por mi volúmen que tengo cierta propension á irme á fondo; aunque fuera el cauce del río más profundo que el mismo infierno, hasta abajo me iría. A no ser por lo arenosa y enjuta de la orilla, hubiera fenecido ahogado; muerte que aborrezco, pues el agua suele hinchar al muerto; ¡y dónde diablos iría yo á parar con este volúmen si me inflasen? Me hubiera convertido en una montaña de momia.

Vuelve á salir BARDOLF con el Canarias.

BARD. Ahí está la dueña Siemprelista, señor, que os desea hablar.

FALS. Venga; echémosle un poco de Canarias al agua del Támesis, pues mis tripas están tan heladas, que no parece sino que me he tragado bolas de nieve como píldoras para refrescarme los riñones. Que éntre.

BARD. ¡Adelante, mujer!

Sale la DUEÑA SIEMPRELISTA.

DUEÑA. ¡Hay permiso? Os pido mil perdones; Dios guarde á vuesa merced.

FALS. Quita estos cálices. Vé y prepárame un jarro de Canarias, como á mí me gusta.

BARD. ¡Con huevos, señor?

FALS. Neto, sin nada: no quiero esperma de gallo en mi bebida. (Vase Bardolf.) ¿Qué tenemos?

DUEÑA. ¡Ay don Juan! vengo á veros de parte de la señora Vado.

FALS. ¡La señorá Vado! Estoy harto ya de vados; me han hecho pasar por el vado; tengo las tripas llenas de vado.

DUEÑA. ¡Ay! ¡hora menguada! No fué culpa de ella, la pobre. Si viérais que enfadada está con los mozos; se equivocaron de erección.

FALS. Y yo también, al fiarme en la promesa de una necia mujer.

DUEÑA. Pero ella lo lamenta tanto, don Juan, que os daría lástima el verla. Su marido va hoy á caza de pájaros, y ella quisiera que fuérais á verla otra vez entre ocho y nueve. Es menester que la lleve la contestacion al momento. Ella se dará maña para disipar vuestro enojo, os aseguro.

FALS. En fin, la ire á ver; dísele, y dile también que se haga cargo de lo que es un hombre; que considere cuánta es su flaqueza, y juzgue luego de mis méritos.

DUEÑA. Se lo diré.

FALS. Díselo. ¿Entre nueve y diez, no es eso?

DUEÑA. Ocho y nueve, señor.

FALS. Bien, vé con Dios; no faltaré.

DUEÑA. Quedad con él, don Juan. (Vase.)

FALS. Me extraña que no haya venido el señor Arroyo. Me mandó decir que le esperase en casa. Me sabe bien su dinero. Hola, aquí viene.

Sale VADO.

VADO. Dios os guarde, hidalgo.

FALS. Hola, señor Arroyo; vendreis á saber, sin duda, lo que ha pasado entre mí y la mujer de Vado.

VADO. Ese es, en efecto, don Juan, el asunto que aquí me trae.

FALS. Señor Arroyo, no os quiero mentir: estuve en su casa á la hora convenida.

VADO. ¿Y os salió bien, don Juan?

FALS. Picaramente, os aseguro, amigo Arroyo.

VADO. ¿Y eso? ¿Había mudado de propósito?

FALS. No, señor Arroyo; sino que el desdichado cornudo de su marido, amigo Arroyo, atormentado constantemente por la furia de los celos, se coló en casa en el momento mismo en que se verificaba nuestro encuentro, despues de habernos abrazado, besado, protestado mutuo amor, y como quien dice, despues de haber recitado el prólogo de nuestra comedia, seguido de un tropel de gente cilla, compañeros suyos, llevados allí y como instigados por su demencia, con objeto, nada ménos, de registrar la casa y buscar al amante de su mujer.

VADO. ¿Cómo? ¿mientras vos estabais allí?

FALS. Sí, mientras yo estaba allí.

VADO. ¿Y qué? ¿os buscó acaso y no os halló?

FALS. Escuchad. Quiso mi buena suerte que á la sazón pasase por allí una tal señora Paje, quien nos dió aviso de la próxima llegada de Vado; y á sugestion suya, y en medio de la distraccion de la mujer de Vado, me sacaron en una canasta de ropa sucia.

VADO. ¿En una canasta?

FALS. Sí, ¡vive Dios! en una canasta. Y allí me atracaron con camisas sucias, delantales, calcetines, medias sucias, servilletas grasientas, que juntamente, amigo Arroyo, formaban la mezclolanza más nauseabunda de pestíferos olores que jamás ofendió nariz.

VADO. ¿Y cuánto tiempo estuvisteis metido en ella?

FALS. Oh, ya oireis, señor Arroyo, sabreis lo que he sufrido por traer á mal camino, en provecho vuestro, á esa mujer. Estando yo embutido de esta suerte en la canasta, llamó la mujer de Vado á dos mozos, dos siervos de ese infeliz cornudo, para que me llevasen como ropa sucia á la pradera de Datchet; me cargaron en hombros, y al salir por la puerta, tropezaron con el pícaro celoso de su amo, el cual les preguntó

más de una vez que qué llevaban en aquella canasta. Yo me estremecí de miedo, temiendo que al lunático bribon le diera la ocurrencia de registrar la canasta; pero la suerte, que para cornudo le tenía reservado, detuvo su mano. Notad ahora lo que sigue, señor Arroyo. Sufrí las ansias de tres muertes distintas: primero, un susto tremendo, el de ser descubierto por un morueco rancio y celoso; luego, ser empaquetado como una hoja de Toledo en la circunferencia de un medio celemin, pomo con punta, piés con cabeza; y por último, sufrir que me taparan, como se tapa aguardiente de treinta grados, con ropa sucia que fermentaba en su propia grasa. ¡Figuraos! un hombre de mi volumen, ¡figuraos! yo que soy tan sensible al calor como la manteca; yo que vivo en una disolución, en un deshielo continuo, fué milagro no morirme asfixiado. Luego en el mayor hervor de este baño, y cuando yo estaba medio estofado en grasa como un guiso holandés, ser arrojado al Támesis, echando chispas, para refrescar en aquella agua como herradura de caballo; ¡figuraos! Chisporroteaba de puro candente... ¡figuraos eso! señor Arroyo.

VADO. Siento, á fe, que por causa mia hayais sufrido tanto. Mi pretension es, pues, inútil. ¿No volveréis á solicitarla?

FALS. Señor Arroyo, así como me han arrojado al Támesis, consentiré que me arrojen en el cráter del Etna, ántes que dejarla de esta suerte. Su marido ha salido esta mañana á cazar pájaros; y ella me ha enviado una segunda embajada, citándome para una nueva entrevista; de ocho á nueve es la hora, señor Arroyo.

VADO. Pues ya son más de las ocho.

FALS. ¿De verás? Pues entónces acudiré á mi cita. Venid á verme á la hora que os fuere más có-

moda y os daré cuenta de mis hazañas; y como coronamiento del edificio, vos la gozareis. Os digo que la gozareis, señor Arroyo; señor Arroyo, le pondreis cuernos á Vado. (Vase.)

VADO. ¡Hum! ¡ahl...! ¿Es esta alguna vision? ¿Es esto un sueño? ¡Estoy yo dormido acaso? ¡Amigo Vado, despierta! ¡despierta, amigo Vado! que te están abriendo un agujero en tu mejor sayo. ¡Este es el matrimonio! ¡esto es tener ropa blanca, y canastas! Bien, me daré por lo que soy, pero lo que es esta vez pescaré á ese libertino. Está ahora en mi casa; no se puede evadir de mis garras; es imposible que se escape esta vez; no puede meterse en un estuche de medio chelín, ni en un pimentero... Sin embargo, por si el diablo que le protege le presta auxilio, registraré los rincones más excusados. Es verdad que no puedo evitar lo que ya llevo encima; pero el llevar encima lo que me revienta llevar, no ha de ser parte á amansarme. Si llevo cuernos capaces de enfurecer al más manso, cúmplase en mi el refrán; seré un toro. (Vase.)